

"Más en broma que en serio"

Ricardo Blázquez Segura

Si un comentario a un libro hago con gusto, es el que hoy le dedico al recientemente publicado de César Valverde, "Más en broma que en serio". En más de uno de mis artículos publicados en esta página he hecho alusión al deleite que me causa leer las ocurrencias de César en la página 15 de La Nación. Y ello se desprende de que ambos tenemos múltiples puntos de convergencia sobre muchos asuntos y quizás el mismo espíritu festivo con que se debe ver pasar el mundo.

César Valverde no es ante todo un excelente pintor y no un escritor de oficio. De allí que su labor literaria no se pueda juzgar desde un punto de vista "profesional" llamémoslo así, sino más bien desde su ángulo de pensador, y para ello le sobran agallas.

En un solo volumen ha reunido las mejores páginas que abarcan múltiples aspectos de su vasta cultura. Aquí lo mismo danzan Picasso y Paco Zúñiga, que Fellini, Graham Greene y Van Gogh, en raro contubernio con el portal, el halloween y nuestro quita y pone.

Es el producto del trabajo de un observador de la vida y sus diversas manifestaciones, tanto en este país que bien podría definirse como el disparate más serio del mundo, como en otras latitudes donde se vive con la seriedad venida a menos.

Las páginas que César nos ofrece sobre arte, cine, literatura, temas internacionales y otras tantas similares son indiscutiblemente interesantísimas; pero donde más brilla la chispa de su ingenio y las que están destinadas a sentar precedente en la literatura sobre el costarricense, son aquellas en que analiza nuestro modo de ser, como testimonio para épocas posteriores, si es que las hubiere, de acuerdo al ritmo en que va, por obra de los hombres, esta pelota loca dando vueltas en el espacio.

César observa la vida, nuestro modo de vivir y de pensar, evoca los resabios del pasado, apunta la decadencia del presente víctima de las innovaciones y de las invasiones foráneas, esboza un gesto de burla con mucho de conmiseración y de reflexión (aquí entra lo serio de la broma), y lo principal, ríe de sí mismo y de los demás.

Para proceder de esa manera es necesario poseer un talento poco común y sobre todo tener un peculiar sentido del humor que no descienda a lo rastroso; porque el humor, que para muchos es sinónimo de vulgaridad o de chiste de oficinista de medio pelo, es algo tan serio que si la gente comprendiera su verdadera cepa moriría de llanto y no de risa.

Con la misma habilidad con que un cirujano usa un bisturí, César vivisecciona el presunto cadáver de su patria, embalsamado con los falsos aromas del esnobismo, de la imitación, del mal gusto y del olvido de todo cuanto conformó nuestras viejas raíces.

Así, nos habla de lo cursi y nos dice: "Nuestros antepasados poseían, sin duda, un mayor sentido de la monumentalidad y proporción; muestra de ello es el Teatro Nacional, el Monumento Nacional o la antigua Biblioteca Nacional, convertida ahora en otro de tantos "parqueos". En sustitución tenemos edificios públicos despersonalizados y una profusión de monumentos consistentes en mini fuentes, placas, plaquitas, manos, manitas -con o sin antorcha- y cabezas o cabecitas que no merecen ni llamarse bustos, diseminados por toda la ciudad".

De la televisión, dice: "Que nuestros hijos disfrutaban de la violencia extrema, viendo cómo se exterminan entre sí los seres humanos, a un promedio de veinte muertos diarios,

mediante tiros, venenos, granadas, bombas, flechazos, hachazos, cañonazos o mediante algún desintegrador atómico utilizado por algún misterioso y osado invasor de otro planeta".

Así van desfilando por estas páginas tradiciones perdidas como el portal, nuestra manera complicada de hablar, nuestra novelaría en el modo de vestir "tan diferente cuando ricos y pobres teníamos un solo pantalón azul con dos parches en el trasero, remiendos en la camisa a la altura de los codos y una peseta para ir a ver la serie de "Flash Gordon" o cuando las muchachas del Sión o del Colegio de Señoritas usaban la misma falda de uno o cinco años y la reteñían o volvían al revés, cuando se ponía descolorida". Y de esa peste anglosajona que es el halloween, en que "resulta absurdo ver a niños de por aquí, desnutrados, sucios y descalzos, ensuciarse un poco más la cara y con improvisados disfraces gritar: "Jalouin, jalouin", pidiendo confites, cuando lo que necesitan es mejor nutrición o por lo menos zapatos".

Sin pensarlo dos veces, habría suscrito el artículo sobre "nuestra graciosa xenofilia", en un país en que "a veces parece que vivimos así, de asombro en asombro, oyendo calladamente cuanta estupidez venga a decir cualquier extranjero, quien sin tener conocimiento, ni de nuestra realidad ni quehacer artístico, se permite opinar e insultar gratuitamente ante la pasividad de los tícos. Nuestra extraña fascinación por lo extranjero, nos deja caer a veces en lo ridículo".

No podríamos seguir citando párrafos, pese a la tentación de brindar a los lectores un mayor estímulo para que compren y mediten en las páginas de este libro, escrito para que en él se vean en un espejo y comprendan la horrible fealdad de algo que en un tiempo solíamos llamar idiosincrasia, y que actualmente ni siquiera nos da condición de "indios sin gracia", porque en cuanto se refiere a raza y costumbres, de ser una auténtica "olla de carne", hemos pasado a convertirnos en un detestable menjunje nórdico-chileno-cubano-español-nica-francés-chino-alemán etc., por obra y gracia de la xenofilia que ha hecho de este país la tierra de nadie, donde las puertas están abiertas para cualquier advenedizo.

Decíamos al principio de este comentario que César Valverde no es un escritor de oficio; por ello se comprende -y es justo anotarlo- cierto descuido en la parte formal de sus artículos, como el uso reiterado del pasado subjuntivo ("que nos brindara", pág. 37; "que escribiera a la novia" idem; "que luego desarrollara" pág. 47) y algunos anglicismos como "evento" en sentido incorrecto. Pero esos son "peccata minuta" en contraste con la fuerza del pensamiento del autor. Hay muchos que hacen gala de un perfeccionismo apegado a las más estrictas reglas académicas y que por andar en busca del término preciso y de la construcción perfecta, sacrifican la natural gracia del idioma y nadie los soporta por aburridos y áridos. Leer a César Valverde es apegarse a sus páginas como una garrapata; disfrutar de su seriedad y de sus bromas, para llegar con el autor a la conclusión de que "nuestra mentalidad sigue siendo mezquina, primitiva y absurda y que seguimos a pie después de haber ido a la Luna".

César Valverde: Más en broma que en serio.
Editorial Costa Rica, 1978